

2.- La naturaleza religiosa del hombre a través de su vida

a) El sentido de la paternidad

Jesús dijo:

Todo aquel que pide, recibe; el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá.

San Mateo Cap. 7 - Ver. 8

Para que esta frase tenga sentido, se requiere que existan interesados en pedir, algo importante por encontrar, y alguien dispuesto a abrir la puerta.

A partir de su nacimiento, el hombre se ve obligado a depender de la ayuda de sus semejantes para sobrevivir y sentirse complacido. Débiles e incapaces de valerse por sí mismos, a los bebés no les queda más que llorar y llorar; aunque no tengan la plena seguridad de que serán atendidos. El llanto es parte de su naturaleza, y aunque no estén en condiciones de discernir sobre su utilidad práctica, como lo hacemos los adultos; no renunciarán a él mientras su necesidad persista. A pesar de eso, normalmente obtienen lo que persiguen.

La mayoría de las veces son sus padres los que acuden presurosos en su auxilio. Movidos por el afecto y el sentido de protección hacia esa pequeña vida, no vacilan en abrir las puertas de su corazón, para tratar de vislumbrar lo que le aflige; y a pesar de las limitaciones que encuentren para entender su mensaje, no se detendrán hasta saberlo satisfecho; puesto que una vacilación demasiado prolongada podría tener fatales consecuencias.

Es este encuentro lleno de ternura, común para tantos seres humanos; representantes de todas las etapas históricas, razas, regiones geográficas, culturas y posiciones sociales; podemos presenciar un primer acto de religión, desde cierto punto de vista ... ya que en él se "reúnen" dos seres, con un interés común y una conducta irrefrenable. El pequeño infante se dormirá complacido, más tarde, en brazos de sus progenitores. De alguna manera, no muy diferente a la de los animales supuestamente

irracionales, se vuelve a formar una y otra vez el vínculo existente entre el ser engendrado y aquellos que lo engendraron.

Con el transcurso de los años, el individuo se hace cada vez más fuerte. También aumenta su conocimiento, hasta que es capaz de valerse por sí mismo en muchos aspectos. Con esta independencia progresiva, se va alejando poco a poco de sus padres, hasta el punto en que se aparta de ellos para formar su propia familia. Y muchas veces, es justo al momento en que sus oídos escuchan el primer llanto de su primogénito, cuando comienza a comprender cabalmente el significado de esa relación de paternidad que ya comenzaba a olvidar.

Sin duda, estas escenas pueden enternecer y causar alegría a una gran mayoría. Pero también entristecerán a más de alguno.

¿Qué puede hacer un hombre para infundir aliento a su hijo, que al salir de las entrañas de su mujer no presenta ningún signo de vida?

¿Se declarará culpable o inocente, ante sí mismo y ante los demás?

Queda demostrado entonces que no basta con el aporte de las semillas biológicas, que se unieron para dar origen al embrión, en torno al cual se sostuvo la esperanza de la concepción durante varios meses.

Jesús dijo:

Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es.

San Juan Cap. 3 - Ver. 6

Sólo Dios puede aportar ese soplo mágico que otorga el don de la vida. El hombre tendrá que conformarse con copiar lo creado, de alguna manera; pero jamás podrá superar a su propio creador.

¿Qué puede hacer un niño pequeño por cambiar los hechos, cuando alguien le revela que su madre se ha ido para siempre?

¿Podrá encontrar al día siguiente una reemplazante que pueda amarlo con la misma intensidad?

Eso es imposible. A lo más tendrá el cariño de su padre, o algún pariente cercano que le pueda brindar afecto y apoyo.

Misericordioso y clemente es Dios. Lento para la ira, y grande en misericordia. Como el padre se compadece de los hijos, se compadece Dios de los que le temen.

Porque El conoce nuestra condición; se acuerda de que somos polvo. Del hombre, como la hierba son sus días. Florece como la flor del campo, que pasó el viento por ella, y pereció; y su lugar no la conocerá más. Mas la misericordia de Dios es desde la eternidad y hasta la eternidad sobre los que le temen. Y su justicia sobre los hijos de los hijos; sobre los que guardan su pacto, y los que se acuerdan de sus mandamientos para ponerlos por obra.

Salmos Cap. 103 Ver. 8, 13 - 18

Sólo el amor de Dios es eterno, fuerte y fiel en todo momento y en toda condición. Por esto, no es extraño que sea precisamente en las ocasiones de mayor dolor cuando más se le busca. Y es en el instante en que el hombre se humilla hasta el polvo, cuando nuevamente se encuentra apto para recibir el aliento vital.

b) La religiosidad infantil.

Le presentaban niños para que los tocara, y los discípulos reprendían a los que los presentaban.

Viéndolo Jesús, se indignó, y les dijo: Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de ellos es el Reino de Dios. De cierto os digo, que el que no reciba el Reino de Dios como un niño, no entrará en él.

Y tomándolos en los brazos, poniendo las manos sobre ellos, los bendecía.

San Marcos Cap. 10 Ver. 13 - 16

La actitud de estos discípulos refleja precisamente el contraste existente entre la forma de pensar y actuar de los adultos y la de los niños. Mientras aquéllos se oponían a que trajesen pequeños ante la presencia de Jesús, para evitarle una molestia; el Maestro se enojó por eso, y los puso por ejemplo para la conducta de sus mayores.

En este pasaje, podemos observar el aprecio particular de Dios por los niños, lo que nos debería llevar a preguntarnos:

¿Que vio Jesús en ellos, que lo impulsó a presentarlos como superiores a los hombres que pretendían corregirlos?

Dios ama su sencillez. La misma que les permitió acercarse a su Hijo, sin mayores reparos; porque veían en él a un hombre de bien y no de mal.

Dios ama su alegre gratitud. La misma que les permite gratificar con una simple sonrisa a quien les regala un caramelo; y recibir el Reino de Dios, como si fuera un país lleno de helados y chocolates.

Dios ama su insaciable búsqueda de afecto. La misma que les lleva una y otra vez hacia aquellos que son capaces de brindárselo; y en especial hacia Aquel que, representando el Amor en sí mismo, les concedió la vida y la opción de permanecer para siempre en su presencia.

Los primeros habitantes de la tierra, Adán y Eva, eran como niños. Su inocencia era tal que no eran capaces de distinguir que estaban desnudos. Hasta que optaron por seguir el mal consejo de Satanás, que les indujo a comer del fruto prohibido. A partir de entonces, nunca más serían los mismos; y sus descendientes olvidarían por completo que su estado original era mejor que el que hoy día les aflige.

c) La religiosidad adulta.

Normalmente, un niño aprenderá de los adultos más cercanos a él, comenzando por sus padres, acerca de lo que es bueno y lo que es malo. Ya sea por instrucción intencionada o por simple imitación, irá adquiriendo las costumbres que observe en ellos y, en particular, su religión.

Pero Dios también ha concedido a cada ser humano el *Libre Albedrío*, que le permite decidir por su propia cuenta sobre lo que le conviene o le perjudica. De este modo, tarde o temprano llega el día en que debe optar por seguir actuando como cuando era más pequeño o cambiar de rumbo en su vida adulta.

Entonces su mente se llena de preguntas y su corazón es sacudido por la angustia, pero ¿quién será, entre tantos, el personaje que le pueda entregar la respuesta precisa, y la serenidad del que avanza por el sendero correcto?

Había un hombre de los fariseos que se llamaba Nicodemo, un principal entre los judíos.

Este vino a Jesús de noche, y le dijo: Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él.

Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios.

Nicodemo le dijo: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer?

Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios.

San Juan Cap. 3 Ver. 1 - 5

Fue así como este sabio judío, a pesar de todo el conocimiento humano que había adquirido, acerca de lo cual enseñaba a sus hermanos israelitas; llegó a reconocer que ignoraba la forma en que podía alcanzar el reino de Dios.

Pero un día llegó a sus oídos la enseñanza de este nuevo profeta llamado Jesús, el cual enseñaba cosas que sus antepasados parecían ignorar. Entonces decidió visitarle de noche, por temor a que sus colegas del Sanedrín lo descubrieran y se burlaran de él, al saber que consultaba al hijo de un carpintero.

La respuesta que obtuvo fue que debía nacer de nuevo; ya no según la carne, sino según el Espíritu Santo, el cual le bautizaría ante Dios y ante los hombres.

Y El os dio vida a vosotros, cuando estábais muertos en vuestros delitos y pecados.

Efesios Cap. 2 Ver. 1

La condición del hombre sin Cristo es tan deplorable, que es semejante a un ser incapaz de percibir plenamente la magnificencia de Dios, incapaz de comunicarse con El, e incapaz de alejarse del pecado.

Por esto es que necesita nacer de nuevo; para volver a ser como un niño inocente, al cual Jesús pueda acoger en sus brazos; para bendecirlo y presentarlo a su Padre Celestial.